

IX.

CAMILA Á ALLÁN.

«¡Oh, Allán, Allán! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué es lo que siento desde ayer? ¿Quedaban más felicidades todavía cuando yo las creía todas agotadas? ¿Había una nueva vida en el fondo de la vida, un nuevo amor en el fondo del amor? Dime, por piedad: ¿hay algo nuevo todavía? ¿Será siempre lo mismo, amigo mío? ¡Oh! Entonces, ¡qué bueno es vivir! ¡y tú hablabas de morir!

»¡Ah! Yo ignoraba el poder que tiene una caricia cuando se ama, y, sin embargo, conocía tus caricias y no te amaba menos que hoy. Tus besos, ¡oh, hermano mío!, tenían la dulzura de la miel en mis labios, y cuando mi corazón abrasaba mi pecho, tus besos parecía que descendían á él como un líquido exquisito y refrigerante, siendo un calmante para mi alma. Ahora, Allán, ¡qué diferencia! ¡Tus besos me anonadan, hacen morir! Pero los desfallecimientos que producen son más deliciosos aún

que la calma que otro tiempo me proporcionaban.

» ¿Es, amigo mío, que nunca puede uno saber lo que pasa en su interior? ¿Es que se engaña uno aun al querer presentirlo? ¿Te acuerdas que yo me doblegaba bajo el peso de la vida? ¿Te acuerdas que yo deseaba morir, sacrificarme por ti? Pues bien; desde aquella caricia desconocida, ya no deseo el sacrificio. ¿Te amo menos por eso? ¡Ay, Allán de mi vida! Cuando pongo la mano en mi corazón, comprendo que te amo más. Conozco que todavía moriría con gusto por ti; pero ahora tendría pena al morir.

» Es que hay toda una vida nueva que nosotros no habíamos vivido, querido amigo. La felicidad es como un astro que se levanta poco á poco en nuestra alma, y cuando vemos su primer rayo, creemos gozarle todo entero.

» Si fuese de otro modo, Allán mío, ¿quién podría resistirlo?... La naturaleza humana sería vencida. Se sucumbiría como herido por un rayo, ó tal vez se volvería uno loco. Aun así, no estoy muy segura de que la demencia no siga de cerca á esa impresión de felicidad sin igual.... ¿Será que he estado loca esta noche?... Mi cabeza arde todavía hoy por la mañana; mi vista está turbada, y fuertes estre-

mecimientos circulan por mis hombros y mi cuello, como si estuviera á tu lado.

» Pero al menos no tengo necesidad de ocultarme; no temo suspirar fuerte y llamarte mi Allán, de creerme siempre á tu lado. ¡Ah! Cuando mi madre apareció tan pronto y fué preciso volver á la vida acostumbrada, conmovida todavía de la fase nueva de nuestro amor que acaba de comenzar; cuando hemos tenido que callar, ahogar los estremecimientos, he temblado ante la idea de no tener fuerza para ello. He creído que mi corazón iba á romperse. Involuntariamente le apretaba con mis dos manos, aprovechando la oscuridad; y ¿crees tú, amigo mío, que en toda la noche he conseguido calmar mis agitaciones interiores? Tú has podido charlar con mi madre; pero tú eres hombre, y yo me callaba y no me atrevía á mirarte.

» Cuando entré en mi cuarto, sentí más alivio á mi agitación. ¡Oh! Al menos pude entregarme sin testigos á la impetuosidad de mis recuerdos. Cuando te digo que estoy loca, no creas que te engaño, no. Me he echado sobre mi lecho con la misma fuerza que me hubiera echado á tu cuello, Allán, y he hallado en mi almohada el perfume de mis cabellos. ¿Cree-rás que al respirar este débil olor, que es mío, y que respiro todas las noches, he caído en

una languidez inaudita? Me he visto obligada á levantarme de la cama para no desvanecerme, y he ido á asomarme á la ventana. Hacía frío, y las estrellas lanzaban sus rayos á través de un aire penetrante.

» Pues bien : no he sentido nada de ese frío de la noche, á pesar de estar con la cabeza desnuda, sin toca, sin abrigo y con la bata desceñida. He gozado con delicia y por vez primera de esa triste naturaleza de invierno, que siempre me ha oprimido el corazón al contemplarla. He gozado como si fuera una velada de primavera. ¡Oh, amigo mío! ¿Qué poder es el tuyo sobre tu Camila para cambiarlo todo de esa manera á mi alrededor y en mí misma?....

» He permanecido mucho tiempo con los ojos fijos en la ventana de tu cuarto, donde se veía la luz: he pensado que me estabas escribiendo, y esta idea me ha hecho olvidar mi ensueño para escribirte también ; para escribirte que te amo ; porque lo que hay en mi corazón no puedo explicártelo, amigo mío. Procura adivinarlo, si puedes.... Pero ¡ay!.... Estoy demasiado conmovida, y me es imposible escribirte.... Aun decirte que te amo, no podría hacerlo.... ¡Oh, Allán! ¿Has pasado tú también la noche como yo, medio muerto, porque la vida y el amor se desbordaban á torrentes de tu corazón?

» Hoy por la mañana, que estoy menos conmovida, y que he vuelto á encontrar fuerza para escribirte, ¿podré referirte este insomnio largo y delicioso? ¿Esta noche, que he pasado con la frente apoyada en mi lecho repitiendo tu nombre? ¡Ah! Si hubieras estado á mi lado, Allán, no hubieras podido añadir un delirio más á todos mis delirios. ¡Tus labios no hubieran podido darme más besos que los que yo me he dado!... ¡Un ardiente rubor me sube á la cara al decirte una cosa que sólo es una niñería, si mis labios no hubiesen sido tocados por los tuyos, y si estas caricias que yo me hacía no hubiesen estado completamente impregnadas de tu aliento!

» ¡Oh, Allán! Te amaba como hermano, pero ya no es así como te amo. Es como á aquel á quien se da la existencia, como el ser que yo hubiera soñado, si no te hubiera conocido toda mi vida. Ayer era tu hermana, y ya he llegado á ser tu prometida ; porque jamás, te lo juro, perteneceré á otro que á ti. Únicamente te suplico, mi querido amigo, que no te apresures á pedirme á mi madre. Es seguro que se considerará dichosa al dar su hija á su hijo de adopción ; pero no nos apresuraremos á consumir la vida de que una mínima parte basta actualmente para hacernos tan dichosos. ¡No sabes, Allán, el temor que me infunden

tus libros! Todos ellos dicen que el casamiento concluye con el amor, y esto es un absurdo; porque yo, cuando sea tu mujer, te amaré más todavía. Pero, ¿quién es la pobre niña, por muy amante que sea, que pueda asegurar que será siempre amada, Dios mío?

»¡Con qué alegría voy á verte hoy, mi querido Allán! Cuento las horas que me separan de ti. Ya empieza á amanecer, y con esa luz dulce acabo de escribirte estas líneas. Ayer te parecía doliente y abatida, y me expresabas la tierna inquietud que eso te causaba; si hoy estoy más pálida y más abatida, no te inquietes por ello, mi bien amado; para eso deposito en tu corazón el secreto de mi palidez y de la noche pasada. Acabo de mirarme al espejo, y mis ojos están inflamados y mis mejillas lívidas; pero me parece que se ve á través de mis fatigadas facciones que no es el sufrimiento lo que las altera, y creo que tú, amado mío, no te equivocarás.»

Allán no se admiró de esta carta: sabía muy bien la ardiente pasión que encerraba el corazón de Camila. El espanto que había experimentado al leer la primera carta no se renovó. Los más cobardes acaban por no temblar: cuando se mira mucho tiempo el peligro que en un principio nos había aterrado, el alma deja de conmoverse; pero no se crea por eso

que se ha hecho más fuerte; sigue tan débil ó más. Sentir miedo, tiene todavía algo de actividad; el último paso en la degradación es llegar á la pasividad.

La carta de Camila consternó á Allán.

Su felicidad, la felicidad tan pura de ser amado por ella, acaba de espirar con la primera sensualidad de la caricia.... Lo que era para Camila la inauguración de una vida nueva, había sido para él un terrible disgusto, al reconocer que se había engañado. Creyó que podía vivir cerca de ella como al lado de una hermana; que su amor sería como un santuario en que las emociones de la naturaleza apasionada de Camila irían á depurarse, y que permanecería siendo para ella lo que había sido hasta entonces. ¡Pobre tonto, que pensaba poder reirse, como ríen los culpables de la comedia que han representado, y con ayuda de la cual han adormecido sus escrúpulos!

Pero cobarde por su amor á ella, no se atrevía á tomar resoluciones extremas y decisivas que le hubiesen evitado el terrible desprecio que preveía. Disimulaba á sus propios ojos las profundidades de su egoísmo, y ocultaba su necesidad de ver á Camila, bajo los temores de su amor hacia ella, tal vez exagerándolos: «Si yo la dejase, se mataría,» decía; y por esta causa se quedaba.

En cuanto al porvenir, con sólo pensar en él se estremecía.

Preguntábase con una ansiedad cada vez mayor, qué acontecería con aquel amor, acerca del cual se había equivocado de una manera tan lastimosa, creyéndole por mucho tiempo sólo un cariño fraternal... ¿Cómo confesar su amor por Camila á aquella madre que tanto había amado, y que se había entregado á él por un exceso de piedad, el único sentimiento que había quedado en su grande alma? La figura de Iseult se levantaba en su pensamiento al lado de la de Camila, llenándole de espanto, y era preciso ocultar su terror á Camila para no deshonorar á su madre. Terrible esfuerzo, ocultarlo á aquella niña ebria de amor, y cuya embriaguez no podía participar. Demasiado temor y demasiada vergüenza se mezclaban en ello. Los días pasaron, ahondando más este sufrimiento, que conseguía ocultar mostrando una frente serena.

¡Ah! Mentir á la mujer que se ama, no poder abrirle su pecho para hacerle ver lo que en él se tiene, permanecer siempre con el gusano roedor de un pensamiento oculto hasta en los brazos de su amada, ¿puede haber un dolor semejante? Y este sufrimiento era tan encarnizado y tan punzante para el desgraciado Allán, que el amor y las caricias de Ca-

mila no podían adormecerle ni por un momento.

Mas cuando reflejaba su frente algún pesar, ella imaginaba que procedía su tristeza de su modo de ser desconfiado y triste, mostrando extrañeza de que aquella pena resistiera hasta el ardor de sus besos.

Pero esto no era en su amor sino una nube ligera que el soplo más pequeño bastaba á disipar. Camila encontraba aquel ser triste más grande, más bello. Llegaba á ser un tipo de poesía sombría y varonil que, como todos los contrastes, complacía su imaginación de niña, excitando sus amorosos transportes.

Camila misma no sabía qué era lo más dulce, si el porvenir que se abría á sus esperanzas, ó el momento que entonces gozaba. No sólo eternizaba su amor, audacia que parecía serle permitida, porque en contra de esta dicha no se elevaba ni una apariencia de obstáculo, sino que todo cuanto una mujer amada puede prometerse de felicidad, lo reunía ella en su corazón. Allán la amaba más aún desde el día que habían sabido que no eran sólo hermanos, y nunca, por lúgubre y decaído que estuviera, la expresaba otra cosa que su amor.

Dominados así ambos, arrastrados por el

sentimiento más irresistible, se abandonaban y se dejaban vivir: ella, completamente dichosa; él, destrozado, miserable, pero sin poder desprenderse de aquella joven que le daba tanto amor, á él, que había sufrido tan horriblemente por no poder inspirarlo.

X.

La primavera, cuya venida tanto deseaban, llegó por fin. El cielo gris y anubarrado, la naturaleza triste y desnuda, se fueron confundiendo en los rejuvenecimientos eternos, y ya los árboles del jardín entreabrían sus botones, y las hojas, duplicándose cada día, tendían sus velos de verdura entre las ramas del bosquecillo. El primer verdor, pubertad virginal de la enramada, es ruisenío y melancólico á un tiempo, como una esperanza y un recuerdo. Un oro pálido matiza el verde, y podría decirse que es un resto del amarillo de los rayos del sol de otoño, conservado en el misterio de la verdura renaciente, y también las primeras señales de un sol más brillante y más limpio. ¿Por qué no hemos de ver algo del otoño en las sonrisas primaverales de la naturaleza renovada?

Las lilas mezclaban sus racimos de amatista con las hojas oscuras de los cipreses, entre los que estaban plantadas á espaldas del